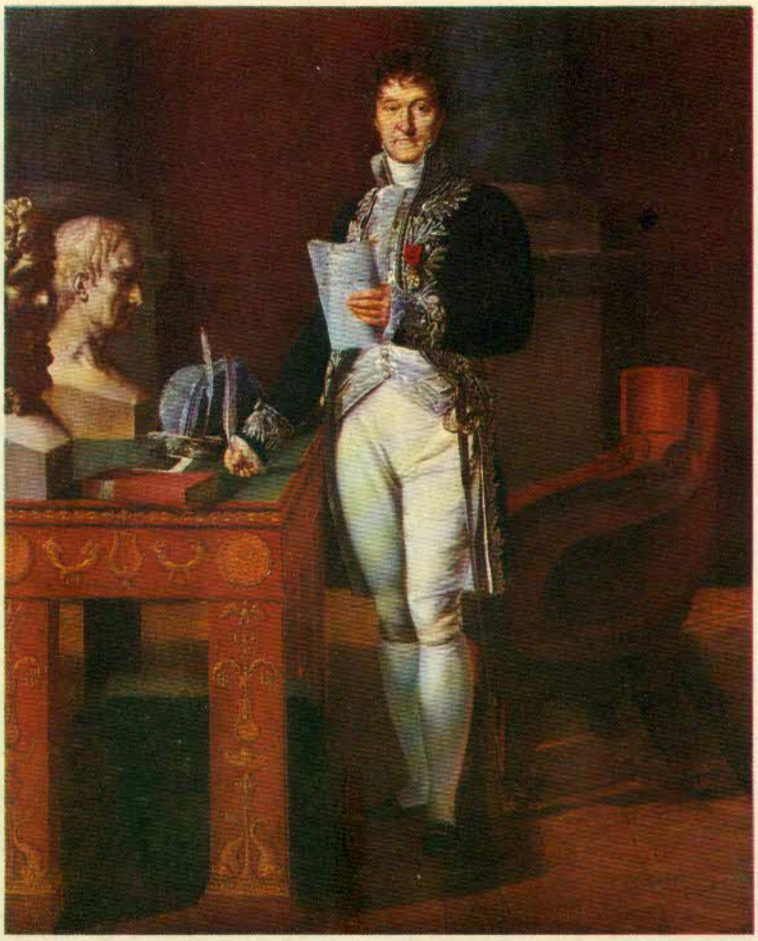


Entrada triunfal del ejército francés en Nápoles en enero de 1799, por J. J. Taurel (Museo de Versalles, París). El mundo republicano francés echó de Nápoles a los Borbones e instauró allí la República Partenopea, de vida efímera, pues en junio del mismo año la monarquía tradicional reconquistó el poder.

Napoleón

Después de haber creído purificarse guillotinando a Robespierre y a otros cómplices del Terror, la Convención abdicó sus poderes en el año 1795, IV de la República. Al disolverse, creó los órganos de gobierno que debían sustituirla; eran los siguientes: un Directorio compuesto de cinco miembros iguales en poder, que se turnaban en la presidencia cada tres meses, y dos Asambleas, una de quinientos Diputados y otra de doscientos cincuenta Ancianos. Este régimen, que funcionó cuatro años, demuestra que el espíritu neoclásico y las ideas de Rousseau predominaban aún en la Convención. Con iguales poderes, los cinco directores tenían que ser santos o filósofos para colaborar eficazmente, y asambleas tan numerosas habían de acabar inutilizándose en discusiones, si los directores se empeñaban en consultarlas.

La Convención, al separarse, quiso perpetuar su republicanismo imponiendo que dos tercios de los componentes de las asambleas fuesen elegidos de entre sus miembros. Pero si el Directorio y las asambleas sentían la misión de conservar los principios republicanos, en cambio se esforzaban en recalcar al pueblo que el nuevo régimen había terminado con el período revolucionario. En verdad, el Directorio no se mantuvo gracias a la guillotina, como la Convención, pero necesitó para sostenerse de un método más sangriento, que fue la guerra. Método peligrosísimo para la propia Convención y su heredero el Directorio, porque si las guerras

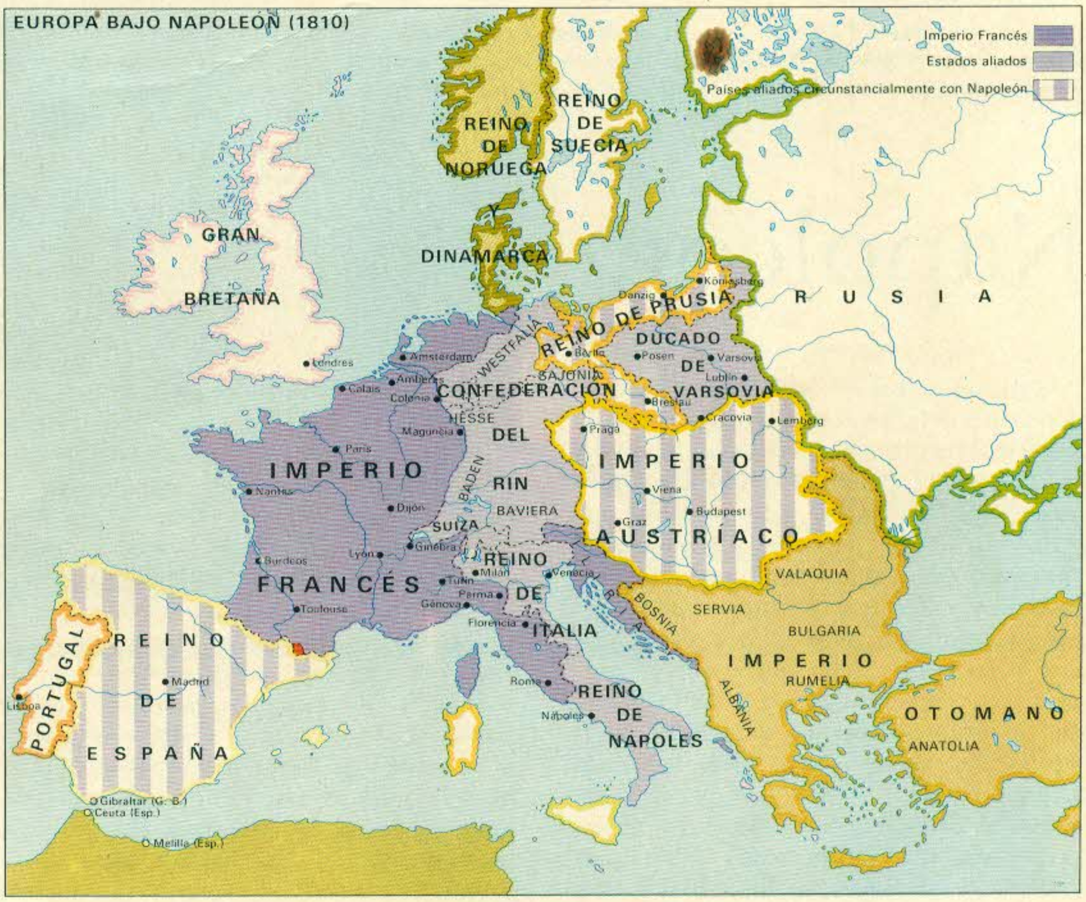


Lázaro Carnot (anónimo en el Museo de Versalles, París). Fue miembro del Directorio en dos ocasiones y, gran militar él mismo, descubrió el genio de Napoleón. Primero le confió el mando del ejército de Italia. Luego, ya entrado el siglo XIX, se puso a su servicio y colaboró con él en varios ministerios.

llegaban a conseguir victorias, era probable que engendraran al déspota, el caudillo victorioso que acabaría con el régimen republicano.

La causa o excusa de las guerras del Directorio fue también herencia de la Convención. Esta transmitió al Directorio, como indiscutible, la doctrina de las fronteras naturales de las naciones. Del mismo modo que se habían fijado los *Derechos del Hombre,* se fijaron los *Derechos de las Naciones* a ser libres y a integrarse dentro de límites geográficos. De no haber estado embriagados por una ideología fantástica, la Convención y el Directorio hubieran visto que las fronteras de las naciones no coincidían con los límites geográficos. Gentes de tipo y lenguas muy distintos habían desbordado el Rin, los Pirineos y los Alpes desde los tiempos prehistóricos. Sin embargo, la Convención había decretado en 1792 que "los franceses no depondrían las armas hasta rechazar al otro lado del Rin a los enemigos de la República". Esto significaba la anexión de todo lo que hoy es Bélgica, incluyendo a Amberes, y los países habitados por gente germánica de la orilla izquierda del Rin, que, como tierras del Imperio, dependían de Austria.

La ocupación de Bélgica y los territorios de la orilla izquierda del Rin por los ejérci-



tos de la Revolución impuso un estado de guerra con las dos potencias europeas más fuertes en aquella época. Ni Austria ni Inglaterra podían tolerar que Amberes y la costa de Flandes fueran francesas: Austria, porque con aquella pérdida comenzaba a desmembrarse; Inglaterra, porque recordaba que dos veces partieron de la costa de Francia milicias que conquistaron la Gran Bretaña: una cuando la invasión de César, y otra cuando la de los normandos. Los generales del Directorio no disimulaban sus propósitos de vencer la resistencia inglesa invadiendo la Gran Bretaña. Hoche proyectaba atacar a Inglaterra con un ejército en Irlanda; Napoleón hizo construir buques especiales para el transporte de tropas a través del canal. He aquí, pues, como la romántica idea de los límites naturales ocasionó la hostilidad de Inglaterra a toda tentativa de pacificación que se basara en las fronteras geográficas y mantuvo a Europa en constante estado de guerra durante los agitados años del Directorio, el Consulado y el Imperio.



La emperatriz Josefina en los jardines de la quinta de la Malmaison, por P. P. Prud'hon (Museo del Louvre, París). Apenas nombrado jefe del ejército de Italia, el joven Napoleón se casó con ella y la encumbró hasta coronarla con la diadema imperial. Pero su infecundidad le acarreó el divorcio, tras lo cual se retiró a la Malmaison.

Emmanuel Joseph Sieyès fue miembro del Directorio y uno de los personajes clave del 18 de Brumario. Su ayuda facilitó la rápida ascensión política de Napoleón (grabado de la Biblioteca Nacional, París).



Además, Francia estaba arruinada, y las guerras proporcionaron inagotables recursos al Directorio. Bonaparte propuso y practicó la guerra como medio de reforzar con el botín la hacienda de la República. En su primera proclama a los soldados que llevó a la conquista de Italia hablóles así: "¡Soldados! ¡Estáis desnudos, mal alimentados! Voy a conduciros a las llanuras más fértiles del mundo. Provincias riquísimas y grandes ciudades caerán en vuestras manos. Allí encontraréis honor, gloria y riqueza". Los soldados replicaron a Bonaparte que estaban dispuestos a seguirlo, pero que para marchar necesitaban zapatos... Encontraron en Italia los zapatos, y el Directorio los millones que necesitaba. Políticamente la campaña de Italia estaba justificada porque Austria, en guerra con Francia, retenía el Milanesado. Al guerrear en Italia, Bonaparte trataba de atacar a Austria por la espalda y llegar a la misma Viena por el Tirol.

Napoleón había nacido en Córcega, francesa desde hacía poco. Su padre, de la nobleza isleña, arruinado por contiendas intestinas, obtuvo con alguna dificultad una beca para Napoleón, el segundo de sus hijos, en la escuela de cadetes de Brienne. El hijo mayor, José, se destinaba a la clerecía. Queda-



Batalla naval de Abukir, junto a Alejandría de Egipto (grabado de Mayer y Bayot; Biblioteca Nacional, París). La flota inglesa del joven y terrible Nelson atacó a los barcos napoleónicos en la bahía de Abukir y los destruyó casi enteramente. Cortada la retirada a Francia, el ejército francés hubo de continuar su campaña hacia Oriente. Pero Napoleón se embarcó hacia Francia, dejando sus tropas en Egipto.

EL ESTADO NAPOLEONICO (I): EL PODER CENTRAL

PRIMER CONSUL

Dotado del poder ejecutivo, legislativo y judicial.

CONSEJO DE MINISTROS

Designados por el Primer Cónsul, son sus delegados para los distintos asuntos gubernamentales. No forman Consejo ni son responsables ante el pueblo.

Presidente nato del Senado.

CONSEJO DE ESTADO

Elegidos sus miembros por el Primer Cónsul con extremado cuidado, les están reservadas la elaboración de los proyectos de Ley y la resolución de los asuntos administrativos en última instancia.

Nombra presidentes. Pueden ser convocados, disueltos o modificada su composición por el Primer Cónsul.

SENADO

Formado por designación, sus miembros son inamovibles. Vela por el mantenimiento de la Constitución y su permiso es necesario al Cónsul para disolver el Tribunado o el Cuerpo legislativo.

Nombra los presidentes de las Asambleas locales.

Elige los miembros del Tribunado y del Cuerpo legislativo entre los candidatos presentados.

TRIBUNADO

Su misión es discutir los proyectos de Ley presentados por el gobierno.

CUERPO LEGISLATIVO

Aprueba o rechaza por votación las leyes ya elaboradas, sin poder modificarlas.

COLEGIO ELECTORAL DE DEPARTAMENTO

Sus miembros, también vitalicios, eligen, juntamente con los electores de Distrito, candidatos para los distintos Consejos y Asambleas centrales.

COLEGIO ELECTORAL DE DISTRITO

Miembros vitalicios que representan cada uno a los ciudadanos a razón de 1 por 500 habitantes del Distrito.

ASAMBLEA MUNICIPAL

Todos los habitantes del Municipio eligen los candidatos que formarán el colegio electoral.

ban todavía seis más: Luciano, Elisa, Luis, Paulina, Carolina y Jerónimo. A los dieciséis años, en 1785, Napoleón salía de la escuela de Brienne como oficial de artillería. Su carácter, semiextranjero, de corso le mantenía algo aislado de sus camaradas, y tanto en la escuela militar como en sus años de guarnición en Provenza le quedó tiempo para leer ávidamente. Se sabía casi de memoria a Plutarco, Tácito, Montaigne, Platón, Montesquieu, Livio, Corneille, Racine, Voltaire y hasta el *Digesto* de Derecho romano, que después debía servirle para redactar su Código Civil. Napoleón había hecho también ensayos de escritor: intentó componer en su juventud una *Historia* de Córcega; escribió un paralelo entre el amor a la gloria, propio de los tiempos monárquicos, y el amor a la patria, apropiado a los republicanos; y publicó un diálogo político-filosófico no desprovisto de mérito literario: *La cena de Beaucaire*. En 1791 se atrevió a redactar una Memoria, para un concurso de la Academia de Lyon, sobre *Verdades y sentimientos que conviene inculcar a los jóvenes para su felicidad*.

Pese a estos desahogos literarios, continuaba leyendo libros de táctica y estrategia. Tuvo la suerte de terminar a cañonazos un motín en París, y en Tolón, sublevado con el apoyo de la escuadra inglesa, se manifestó hábil artillero.

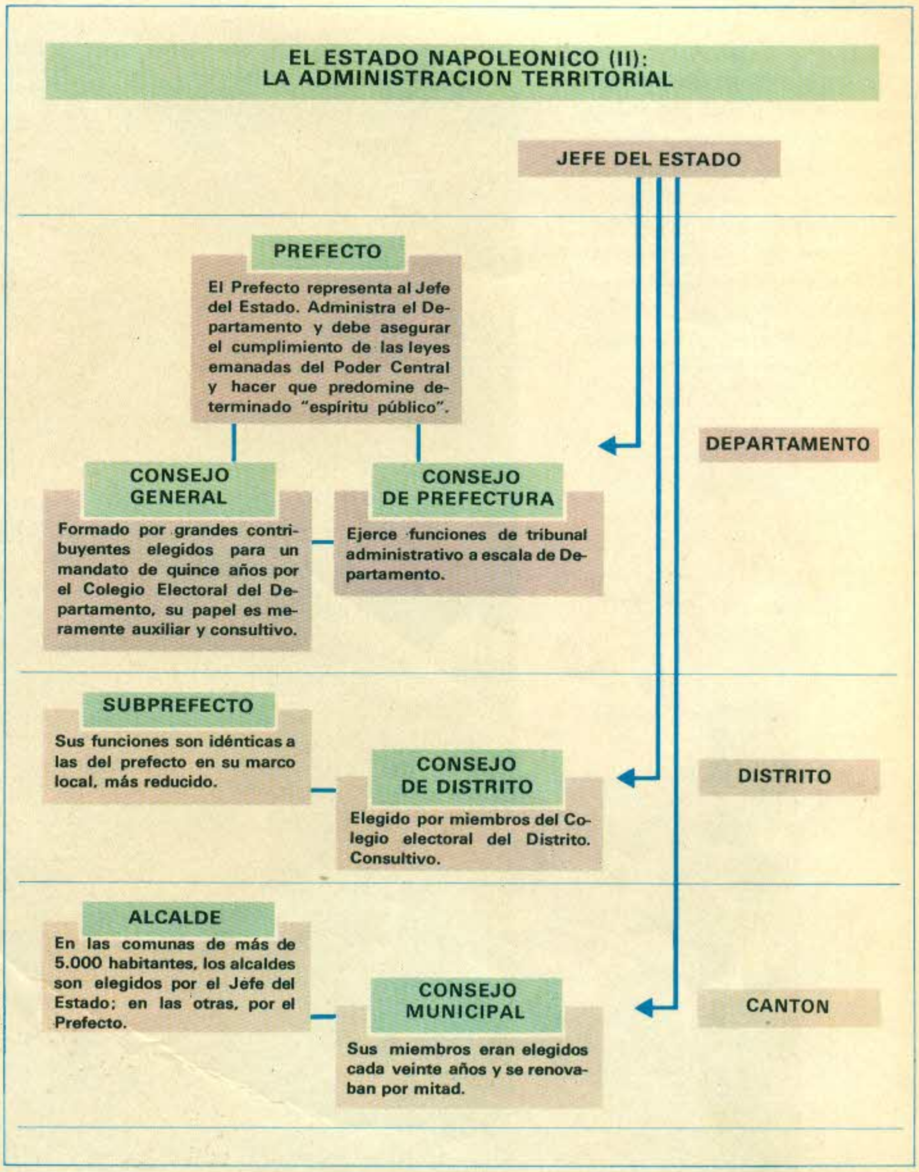
Ciertamente por esto Carnot, uno de los directores, apreció sus cualidades y, apoyado por otro director, Barras, que había casado a Bonaparte con una de sus amigas, logró conferir a Napoleón el mando del ejército de hambrientos y descalzos que debía distraer a Austria por el lado de Italia. La campaña importante debía ser la del Rin, confiada a Moreau, mientras que la de Bonaparte no excedería de un experimento aventurado.

En 1796, al empezar la campaña de Italia, era Bonaparte bajito, delgado, de color

aceitunado y cabellos lacios. Los soldados le llamaban *le petit caporal.* Desde su primera victoria, en Lodi, los sugestionó con su personal magnetismo. Uno tras otro desbarató a los ejércitos, cada vez más formidables, que los austríacos enviaban a través del Tirol. Mientras, Moreau fracasaba en el Rin.

Bonaparte, general de veintisiete años, dictó en Campo Formio las condiciones de paz. Austria renunció a Bélgica y a la mayor parte de sus posesiones de Italia, donde Napoleón instauró la República Cisalpina. La suerte de los territorios de la orilla izquierda del Rin se decidiría en un congreso reunido en Rastatt.

Estas eran las ventajas territoriales obtenidas por Bonaparte en su primera campaña de Italia. El botín que mandó a París fueron las contribuciones impuestas a cada ciudad, tasadas por millones. Módena pagó diez millones de libras. Parma se libró mediante la entrega de veinte cuadros de Correggio y Miguel Angel. Para no caer sobre Roma y dejar tranquilo por algún tiempo al papa, firmó un armisticio según el cual el pontífice tenía que pagar quince millones de libras y entregar caballos y bueyes por valor de otros cinco millones. Además, había de consentir la ocupación de los territorios pontificios allende los Apeninos y permitir la selección de quinientos manuscritos de la Biblioteca Vaticana, que se llevarían como trofeo a París, y cien esculturas de los Museos Pontificios, entre ellas el famoso busto de Bruto en el Capitolio, la Loba de bronce, paladión de Roma desde la época etrusca, el Apolo de Belvedere, etc.



El mariscal François-Joseph Lefebvre, por Mme. Davin (Museo de Versalles, París). Inmortalizado más tarde en Jena y Danzig, ya a finales de 1799 aseguró el triunfo de Napoleón en el 18 de Brumario y la institución del Consulado.



Paso del ejército francés por el Gran San Bernardo, por Chitlleveniw (Museo de Versalles, París). La dificultad del paso de los Alpes, que en la antigüedad inmortalizó la hazaña de Aníbal, encontró en Napoleón otro vencedor. El ejército que conducía estaba formado por más de treinta mil hombres, un centenar de cañones y miles de cajas de municiones y víveres.





Bastón de mariscal de la época imperial (Museo de Armas, París).

La idea de esquilmar a Italia imponiendo contribuciones de guerra partió de Bonaparte: como italiano, sabía que los degenerados príncipes de los pequeños estados de Italia habían amontonado dinero avaramente.

Los cinco presidentes del Directorio animaron a Bonaparte a continuar sus expoliaciones. "¿No podríais arrebatar de la Santa Casa de Loreto los inmensos tesoros que la superstición ha acumulado en aquel lugar durante quince siglos? Haríais una operación financiera admirable que no perjudicaría más que a algunos frailes. Diez mil hombres bastarían para este golpe de mano, a condición de que no se supiera lo que se proponen" (12 de abril de 1796). El traslado sistemático de obras de arte a París fue también estimulado por despachos del Directorio. "El Directorio está persuadido, ciudadano general, que consideráis las glorias de las Bellas Artes como asociadas a las de los ejércitos que mandáis... Ha llegado la hora de que las riquezas artísticas y la cultura de Italia pasen a Francia para fortalecer y embellecer el reino de la Libertad. El Museo Nacional *(Louvre)* debe contener los monumentos más célebres de todas las artes. Esta campaña de la República en pro de la paz debe reparar los destrozos causados a Francia por



el vandalismo de la invasión extranjera" (7 de mayo de 1796).

Las remesas de obras de arte de Italia están representadas en uno de los frisos del Arco de la Estrella en los Campos Elíseos de París. Allí se ven los cortejos triunfales con carros que llevan las esculturas. Las que no podían exponerse en una procesión al aire libre iban embaladas en cajas sobre carrozas con letreros que indicaban las obras que contenían.

El nombre de Bonaparte empezaba en París a ser sinónimo de éxito; sus victorias y contribuciones desde Italia habían fortalecido la República. Napoleón, empero, no creía llegada la hora de regresar a París y, todavía en Italia, empezó a preparar una expedición a Egipto. Los millones arrancados como contribución a Liorna fueron enviados directamente a Tolón para armar una flota. El destino de la expedición se mantuvo secretísimo: tanto, que Nelson, que hubiera podido desbaratar aquel convoy de transportes casi indefensos, lo dejó pasar creyendo que iba a Siria. Cuando se enteró de que Napoleón había desembarcado en Alejandría, regresó precipitadamente y sólo logró hundir los buques vacíos surtos en la rada de Abukir.

Con el golpe de mano de Egipto se proponía Bonaparte hacer con Inglaterra lo mismo que había hecho con Austria: atacarla por la espalda. Conquistando a Egipto, Bonaparte creía amenazar la India. Los ingleses sostenían entonces una guerra con el famoso jefe indio Tipo Sahib, y de haberse

***Madame de Staël*, por F. Gérard (Museo de Versalles, París). La baronesa fue una apasionada de las ideas liberales de la revolución, pero Napoleón, que desconfiaba de las dotes rectoras de la mujer, no se dejó influir por ella, sino que la desterró a cuarenta leguas de París.**





El cónsul Napoleón atraviesa el paso de San Bernardo en su segunda campaña de Italia y se dirige hacia Marengo, por J. L. David (Museo de Versalles, París).

podido concertar la cooperación entre los rebeldes de la India y los franceses de Egipto, la situación de los ingleses en Oriente hubiera empeorado de un modo terrible. En una palabra, Napoleón contaba hacer desde Egipto con la India lo mismo que se había propuesto Hoche con Irlanda: hostigar a Inglaterra hasta obligarla a reconocer las fronteras naturales de la Revolución. Napoleón llevaba consigo una comisión de sabios que debían estudiar Egipto, inventariar sus recursos naturales y dibujar sus monumentos. Por el camino había tenido la veleidad de entretenerse en Malta y conquistarla por sorpresa. En Egipto había vencido a los mamelucos, nominalmente feudatarios del sultán de Turquía, en una batalla teatral al pie de las pirámides... Y, sin embargo, con un poco de buen sentido podía comprenderse que aquella expedición tenía que acabar en desastre. Habiendo Nelson destruido sus buques en Abukir, Napoleón quedaba incomunicado con Francia. Los turcos amenazaban seriamente desde Palestina y era necesario conquistar también Tierra Santa... Desde allí sería fácil extender luego las conquistas a Siria y Constantinopla. Todo era posible con tiempo y con la buena fortuna de Napoleón..., pero a costa de olvidarse de París, del Directorio y de sus amistades.

Bonaparte creía, además, que si permanecía en Oriente, Francia perecería acorrala-

da por sus enemigos. El Congreso de la Paz, que, según el tratado de Campo Formio, se había convocado en Rastatt, acabó con el asesinato de los plenipotenciarios franceses, mientras toda Europa se aprestaba para la guerra. A los enemigos tradicionales de Francia, Inglaterra y Austria, se había sumado Rusia, alarmada por las supuestas intenciones de Bonaparte sobre Constantinopla. Un ejército ruso mandado por Suvarov, que hacía alarde de no necesitar silla en su caballo, entró en Italia por Austria y con unas cuantas marchas y contramarchas deshizo la obra de Napoleón. En la Vendée, en Bélgica, en Holanda, se agitaban los enemigos del Directorio. En esta coyuntura, algunos empezaron a sospechar que la culpa de todos los desastres procedía del régimen; el Directorio era un absurdo gobierno policéfalo, que tenía que modificarse reforzando el poder ejecutivo y podando las asambleas. El que tenía planes más madurados era el famoso ex abate Sieyès, el cual ya se había distinguido por sus ideas políticas en los primeros días de la Revolución. Sieyès había permanecido por algún tiempo en el extranjero como embajador y allí había meditado, acaso demasiado, sobre el régimen republicano y las instituciones que más convenían a



Traje militar que llevó Napoleón durante la batalla de Marengo (Museo del Ejército, París).

Batalla de Marengo, por L. J. Lejeune (Museo de Versalles, París). Tras un avance dificultoso a través del Piamonte y la Lombardía, Napoleón se encontró en Marengo, en la llanura del Po, con el ejército austríaco, que avanzaba desde Génova. El ejército francés, con notable inferioridad numérica respecto al austríaco, recibió la ayuda inesperada del general Desaix, procedente de Egipto, que decidió su victoria.





Plato de porcelana de Sèvres del servicio del emperador con la representación de una escena guerrera (Instituto Francés, París).

Francia. A su regreso habíasele elegido para cubrir la vacante de uno de los cinco directores, de manera que, como a menudo ocurre, la destrucción del gobierno estatuido comenzó con la traición de la mismísima autoridad elegida para defenderlo.

El proyecto de Sieyès era sustituir el poder ejecutivo de cinco directores por dos cónsules, como en la antigua Roma; pero, según la constitución de Sieyès, uno de los cónsules entendería en asuntos "civiles" y el otro en los "militares". Sieyès se proponía también reformar las asambleas, con tal que él fuese el cónsul civil. "¡Qué lastima que vuestro hermano no esté aquí! –le decía a Luciano Bonaparte–; necesitamos *un sable* para el consulado militar." Se entablaron negociaciones con Joubert; pero éste murió casi al mismo tiempo que desembarcaba Napoleón en Provenza. Había regresado temerariamente en el buque *La Muiron,* que por milagro no sorprendieron los ingleses. El viaje en *La Muiron* con su séquito de generales (había dejado a Kléber casi solo para que intentara defender Egipto) fue de una audacia de corsario superior a la que demostró regresando de la isla de Elba, quince años después.

Bonaparte llegó a París el 16 de octubre de 1799. Al día siguiente fue a visitar al presidente del Directorio vestido de paisano; pero, como queriendo recordar sus hazañas en Egipto, llevaba una cimitarra turca pendiente de un cordón de seda. Para que comprenda el lector cómo estaban los ánimos quince días después de la llegada de Bonaparte, diremos que el 31 del mismo mes se habían convenido ya los puntos principales del golpe de estado que acabó con el Directorio y estableció el Consulado. Además de Sieyès, que llevaba la iniciativa, y de Napoleón, que en cierto modo dejó que el otro la llevara, intervinieron en aquella "jornada"

PACIFICACION RELIGIOSA DEL GOBIERNO NAPOLEONICO

EL PAPA

Reconoce a la República francesa. Admite la libertad de cultos y acepta la venta de bienes del clero. Obtiene la dimisión de todos los obispos.

Los obispos serán nombrados por el Primer Cónsul e instituidos por Roma. Todos los miembros del clero deben prestar un juramento de fidelidad al estado. Las diócesis se adaptarán a la nueva división territorial del estado.

1801
Concordato con la Iglesia católica.

EL ESTADO FRANCES

Se compromete a sostener económicamente el culto católico y sus ministros.

ARTICULOS ORGANICOS

Añadidos por Napoleón sin previa consulta del papa, determinan:
Las bulas y breves pontificios y los acuerdos conciliares no serán publicados en Francia sin permiso gubernamental.
Se necesitará el permiso también para la reunión de concilios nacionales o diocesanos, el establecimiento de cabildos o de nuevas parroquias.
Quedan fijados el número de arzobispos, 10; obispos, 60; parroquias, 3.000.

1802
Estatuto del clero calvinista y luterano.

Los pastores protestantes recibirán del estado un estipendio que les permita mantenerse.

Se permite una Iglesia protestante por cada 6.000 fieles. Forman una Iglesia consistorial, con un pastor al frente.

1808
Organización del culto israelita.

Permiso del culto israelita en todo el territorio francés; sometimiento de los judíos a una legislación excepcional sobre préstamos, destinada a cortar sus actividades en este sentido.

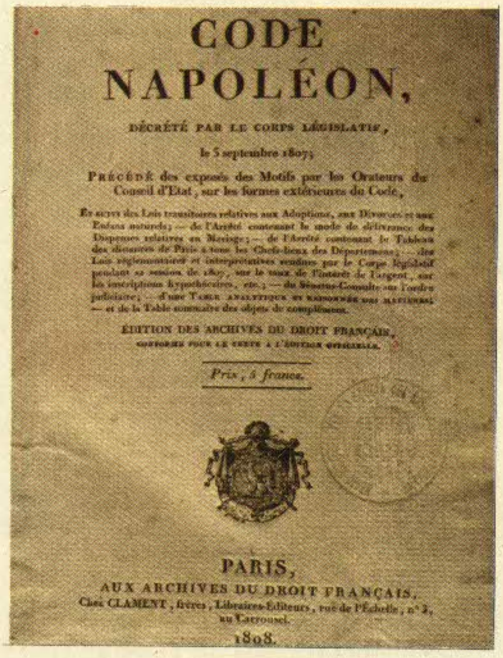


La máxima condecoración francesa, la Legión de Honor, creada por Napoleón el 19 de mayo de 1802 para premiar el mérito civil o militar.

revolucionaria Talleyrand y Fouché. El primero era un ex obispo que conservaba sus antiguas dotes de perspicacia, elocuencia y diplomacia. Era ministro de Negocios Extranjeros del Directorio y fue traidor como Sieyès. El segundo, Fouché, era jefe de policía y el que más obligado estaba a hacer abortar la traición.

El golpe de estado que impuso el Consulado se ha llamado de Brumario porque se consumó el 9 del nebuloso mes de noviembre, que en el calendario revolucionario había recibido este nombre. La excusa, enteramente falsa, que se dio para cambiar el régimen, fue que fermentaba una conspiración jacobina. Para prevenir ataques, que nadie se había dado la pena de simular, se convocaron las asambleas a la hora intempestiva de las siete de la mañana. Todavía adormilados, los Quinientos y los Ancianos votaron, sin saber lo que hacían, la resolución de salir de París y marchar a Saint-Cloud. Allí el golpe de estado estuvo a punto de fracasar, pues hacer renunciar a la Asamblea de los Quinientos, en su mayoría republicanos beneméritos, que habían primero atacado a las clases privilegiadas de la monarquía y después acabado con los demagogos de la Convención, costó algo más de lo que creían los conjurados. Sin embargo, Sieyès, Bonaparte, Talleyrand y Fouché creían injuriar a los miembros de aquellas asambleas con el nombre despectivo de "abogados"; según ellos, los parlamentarios de la Asamblea de los Quinientos eran incapaces jurisconsultos que no merecían el derecho de opinar en negocios de estado. Pero en las tumultuosas jornadas de Brumario (días 9 y 10 de noviembre del año 1799), los "abogados" llegaron a deliberar si Bonaparte y sus cómplices debían ser puestos fuera de la ley, lo que justificaba incluso el asesinato. Una vez declarado fuera de la ley, cualquiera podía sentirse Bruto y acuchillar al nuevo César, enemigo de la República; Bonaparte no les dio tiempo a votar. Mandó que redoblaran los tambores mientras Murat entraba en la sala seguido de unos cuantos gritando: "¡Estáis disueltos!". Una sombra de Asamblea, con unos cuantos Ancianos, se encargó de asumir el principio de autoridad instituyendo un nuevo gobierno formado por tres cónsules provisionales: Sieyès, Bonaparte y Roger Ducos, que, asesorados por una comisión de veinticinco miembros, debían redactar la nueva Constitución, que a su debido tiempo sería sometida a un plebiscito.

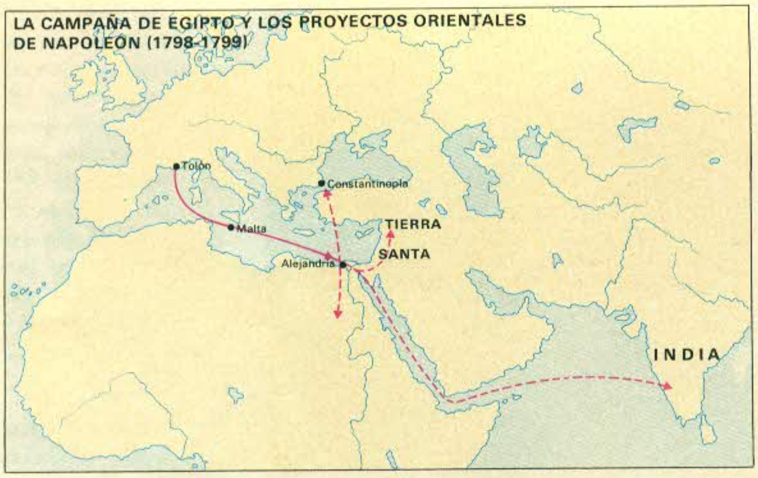
He aquí, pues, el comienzo de otra etapa en la historia constitucional de Francia: la Constitución de Sieyès, con algunas modificaciones introducidas por Bonaparte. Su


CODE
NAPOLÉON,
DÉCRÉTÉ PAR LE CORPS LÉGISLATIF,
le 5 septembre 1807;
PRÉCÉDÉ des exposés des Motifs par les Orateurs du Conseil d'Etat, sur les formes extérieures du Code,
ET SUIVI des Lois transitoires relatives aux Adoptions, aux Divorces et aux Enfans naturels; — de l'Arrêté contenant le mode de délivrance des Dispenses relatives au Mariage; — de l'Arrêté contenant le Tableau des distances de Paris à tous les Chefs-lieux des Départemens; — des Lois réglementaires et interprétatives rendues par le Corps législatif pendant sa session de 1807, sur le taux de l'intérêt de l'argent, sur les inscriptions hypothécaires, etc.; — du Sénatus-Consulte sur l'ordre judiciaire; — d'une TABLE ANALYTIQUE ET RAISONNÉE DES MATIÈRES; — et de la Table sommaire des objets de compléments.
ÉDITION DES ARCHIVES DU DROIT FRANÇAIS,
CONFORME POUR LE TEXTE A L'ÉDITION OFFICIELLE.
Prix, 5 francs.
PARIS,
AUX ARCHIVES DU DROIT FRANÇAIS,
Chez CLAMENT, frères, Libraires-Éditeurs, rue de l'Échelle, n° 3, au Carrousel.
1808.

Portada del "Código de Napoleón", la obra que constituía el máximo orgullo del emperador. El 21 de marzo de 1804 quedaron reunidos todos los artículos elaborados desde 1801 bajo el título de "Código civil de los franceses". En 1807, dicha obra adoptó su nombre definitivo de "Código de Napoleón".

Madame Récamier, otra célebre anfitriona liberal que vio desfilar por su salón a los más famosos hombres de la política y las letras. Napoleón no se dejó vencer por sus encantos, antes bien, conocedor de su hostilidad hacia el régimen, la tuvo estrechamente vigilada.





EXPEDICION DE BONAPARTE A ORIENTE

1798	
19-V	Salida de la expedición a Egipto.
2-VII	Desembarco y toma de Alejandría.
21-VII	Victoria de las Pirámides sobre los mamelucos. Bonaparte entra en El Cairo.
12-VIII	Destrucción de la flota francesa por Nelson, en Abukir.
21-X	Sublevación de El Cairo contra los franceses y represión sangrienta.
1799	
20-XII	Bonaparte se apodera de Jaffa.
17-III	Comienza el sitio infructuoso de San Juan de Acre.
25-VII	Victoria de Bonaparte sobre los turcos en Abukir.
24-VIII	Bonaparte abandona Egipto.
8-X	Bonaparte en Francia (Fréjus).

mecanismo de gobierno era aún más complicado que el Directorio: es cierto que los cinco directores se habían reducido a tres cónsules, pero, en cambio, se creaban hasta cuatro asambleas. Una era el Senado, casi sólo para elegir los miembros de las otras tres asambleas entre los inscritos en las listas electorales. Esto requiere una explicación. Según Sieyès, "la democracia pura es un absurdo". Y para organizarla no se podía permitir que el pueblo eligiera sus mandatarios; el pueblo sólo debía elegir los elegibles, formando listas de candidatos, de entre los cuales el Senado elegiría. Como se ve, era una desviación de las ideas de Rousseau sobre la capacidad soberana del pueblo, para caer en las de Spinoza respecto a que el pueblo necesita un organismo intermedio para declarar su voluntad. Tal engranaje podía ser preferible al sufragio directo, pero ¿quién elegiría aquel Senado que debía a su vez elegir entre las listas de elegibles? Pues en la Constitución de Sieyès los cónsules nombraban el Senado; después se iba reclutando entre los altos funcionarios al cesar en sus cargos. En fin, este Senado debía elegir, de unas listas votadas por el pueblo, los nombres de los que debían formar las otras tres asambleas: el Consejo de Estado, el Tribunado y el Cuerpo legislativo. En realidad, los dos últimos no tenían otra misión que vigilar y aprobar lo que hacía el Consejo de Estado, que, constituido por cincuenta miembros, formuló la mayoría de las leyes refundidas después en el Código de Napoleón.

En los años del Consulado se entregó Napoleón, casi como a un deporte, a su obra legislativa. Le favorecía o perjudicaba en ello su condición de no ser del todo francés, porque si bien este hecho le permitía tratar los asuntos sin prejuicios, carecía del sentido histórico francés.

Entre los miembros del Consejo de Estado había hombres eminentes, matemáticos, filósofos, historiadores y juristas. Se reunían en el despacho de Napoleón en el Luxemburgo y él les proponía los asuntos para estudiarlos en grupos de seis o siete. Muy a menudo les daba ya la solución casi entrevista en unas notas redactadas apresuradamente. Escribía rentas *voyagères* por *viagères*,

Apoteosis de Napoleón como emperador (Museo Thorvaldsen, Copenhague).





Coronación de Napoleón como emperador de los franceses, por David (Museo del Louvre, París). Las circunstancias de la ceremonia, realizada en presencia del papa, aunque a pesar suyo, dieron a los hechos un profundo significado: la supremacía del Imperio sobre el papado, cuyo jefe asiste al acto como un testigo de excepción.

armistice por *amnistie*... y cuando los redactores interpretaban mal sus ideas, les interrumpía con un torrente de insultos. Sus desplantes llegaron a escandalizar a los consejeros: *"Le mariage est un échange d'âme et de transpirations; l'adultère, une affaire de canapé"*.

Napoleón carecía del sentido místico del absoluto; era fatalista como buen italiano, y creía aprovechable el catolicismo porque la religión era un freno y el papa podía convertirse en aliado. En sus proclamas dirigidas a los pueblos católicos de Italia y Suiza les prometía conservarles sus sacerdotes y su culto. En Egipto bordaba sus alocuciones con elogios al Corán. No es extraño, pues, que Bonaparte concertara un concordato con el papa. Fue una transacción que no honra ni a uno ni a otro. El papa sacrificó a los obispos que no habían reconocido la República, obligándolos a renunciar a sus diócesis... Bonaparte no se dio cuenta, en cambio, de que los nuevos obispos elegidos por Roma no sería ya galicanos, sino fidelísimos al papa. En el concordato se establecía que el culto católico podía ser ejercido libremente en Francia y que el gobierno eliminaría todos los obstáculos que se le pudieran oponer. Un párrafo decía: "El culto será público mientras se conforme a los reglamentos que según las *circunstancias* sean necesarios para la *tranquilidad pública*". Lo de las *circunstancias* se suprimió en la redacción definitiva por insistencia de los agentes del papa, quienes consintieron en el detalle de la *tranquilidad pública*. El estado francés "ponía a disposición" de los eclesiásticos los templos necesarios para que pudieran celebrar el culto, pero no les devolvía su plena posesión, como en tiempos de la monarquía. En el fondo, por "ponerlos a su disposición" se entendía dárselos en usufructo perpetuo.

Francia había quedado dividida en los departamentos y prefecturas que todavía subsisten. Napoleón nombraba los prefectos y éstos, a su vez, a los consejeros municipales y alcaldes. Siempre el método del sufragio indirecto y siempre la elección definitiva por los grandes electores, el cónsul, el Senado, los prefectos. La Constitución de Sieyès, modificada por Bonaparte, se sometió al plebiscito de los franceses, que la votaron por la inmensa mayoría de tres millones en

EL IMPERIO NAPOLEONICO Y LAS LUCHAS DE INDEPENDENCIA NACIONALES

No es cierto –a pesar de la célebre frase– que todos los soldados de Napoleón llevaran en sus mochilas el bastón de mariscal. En cambio, es verdad que en el equipaje –y en las mentes– de todos los soldados franceses había mucho del ideario enciclopedista y revolucionario. Por esto las campañas napoleónicas difundieron por toda Europa los principios revolucionarios franceses. Se dio la paradoja de que en los países ocupados por Napoleón las tropas invasoras sirvieran para popularizar las ideas de soberanía nacional, que fueron uno de los resortes de la sublevación contra los ocupantes.

Renan había definido así los caracteres determinantes de una nacionalidad: "La nación es una solidaridad constituida por el sentimiento de los sacrificios pasados y de los que se esté en disposición de hacer en el futuro. Supone, pues, un pasado, y en el presente se resume en un hecho tangible: el consentimiento, el deseo, claramente manifestado, de continuar la vida en común. La existencia de una nación es un plebiscito renovado a diario". Los revolucionarios franceses habían llevado esta teoría a la práctica; la nación existía por el libre acuerdo de los individuos que la componían, no por la autoridad del monarca sobre unos súbditos *naturalmente* sometidos. En consecuencia, la soberanía radicaba en el pueblo, no en el monarca. La legitimidad dinástica quedóse supeditada, como principio de derecho, a la voluntad nacional. En contra de la tesis absolutista, que hacía del rey la encarnación del estado y de éste la clave de la unidad de todos sus súbditos, las tesis nacionalistas daban prioridad al "supuesto de que la libre determinación de los individuos para actuar y vivir en común o la comunidad de destino eran las razones supremas de la unidad nacional".

Los motivos que explican la formación de nacionalidades distintas son muy complejos. Según el profesor Vicente Palacio Atard, "el nacionalismo trató de justificarse en razones étnicas (tesis del francés conde de Gobineau o de los alemanes defensores del *Volkstum*), en razones histórico-políticas (tesis que tiene una doble versión: una liberal, de los derechos materiales del hombre más los derechos derivados del destino histórico, y otra tradicional conservadora, fundada en la perpetuación de las viejas formas políticas y sociales dentro de cada país) y, por fin, en razones lingüísticas (tesis romántica que funda el origen de la nacionalidad en el idioma, según se advierte en Arndt o en Mistral)".

En las guerras napoleónicas, la oposición que durante la Revolución francesa había realizado el tercer estado, enfrentando el Antiguo Régimen con "la nación, basada en el contrato libre de los individuos que la integran", encuentra su paralelo en la lucha popular contra los invasores extranjeros; a pesar de que las dinastías reinantes puedan pactar con el emperador, la voluntad nacional no aceptará los tratados y recurrirá a las armas, si es preciso, para imponer su criterio. La Revolución había dado a Francia un ejército nacional-popular, capaz de derrotar a las tropas dinásticas del Antiguo Régimen. Las campañas de Bonaparte harán surgir, como reacción, ejércitos nacionales capaces de oponerse a las tropas francesas. Las guerras de independencia contra el dominio francés utilizaron y modificaron el aparato ideológico, que en su origen era el resultado de las experiencias revolucionarias de los propios franceses. En Alemania, precisamente durante el período napoleónico un galicismo se hace común en el vocabulario de intelectuales como Novalis, Humboldt y Fichte: es la palabra *Nationalität*. Jahn acuña un nuevo vocablo a la misma época: *Volkstum*, esto es, "lo que hay de común en un pueblo, su esencia inherente, su vida en movimiento, su fuerza de regeneración, su facultad reproductora".

El nacionalismo, puesto en marcha como una reacción antinapoleónica, no fue en todas partes el único factor que combatió al Imperialismo francés. Los príncipes del Antiguo Régimen movilizaron también sus recursos para enfrentarse al doble peligro que suponía Napoleón como heredero de la Revolución y como genio militar capaz de arrebatarles sus posesiones dinásticas. Por esto en las luchas contra Napoleón, en España y Rusia especialmente, junto con los nuevos principios, juegan un papel importantísimo contra los franceses algunos elementos tradicionales que son independientes, cuando no opuestos, al nacionalismo. La fidelidad dinástica y el fervor religioso utilizados contra el invasor son quizá los ejemplos más claros. Por esto será posible que estén separados por estos sentimientos los patriotas y los "afrancesados" de varios países, como Italia y España, aunque en el fondo tan nacionalistas sean unos como otros.

El caso de España sirve como ejemplo muy claro de la polarización producida por la invasión francesa y por la entronización del rey José. En primer lugar, frente a la nueva dinastía cabían dos posturas: aceptarla u oponerse a que un Bonaparte se sentase en el trono de España. Entre los que aceptaron a José I estaban los que lo hicieron por motivos puramente tradicionales: si, de acuerdo con las ideas del Antiguo Régimen, la monarquía absoluta poseía pleno dominio sobre el país, las abdicaciones de Bayona y el traspaso de la corona a un nuevo rey no suponían más que una manifestación de este poder absoluto. A los súbditos españoles sólo les tocaba acatar la voluntad de sus antiguos soberanos y aceptar la autoridad de los nuevos. En el gobierno de las naciones sólo contaban las decisiones de los reyes, quienes sólo ante Dios eran responsables de su actuación. Ésta fue la postura adoptada por numerosas autoridades de la corte y de las provincias, que aceptaron al monarca francés porque creyeron que representaba la legalidad tradicional. Pero también una parte de los que se oponían al Antiguo Régimen se inclinaron en favor de la solución napoleónica. Para ellos, el cambio de dinastía significaba el paso de la monarquía absolutista a un nuevo sistema en el que el poder del rey estaría limitado por la voluntad de la nación. Los hechos parecían confirmar estas esperanzas.

La Constitución de Bayona (1808) ofrecía unas garantías contra el despotismo inéditas en el derecho político anterior. Parte de la burguesía formada en los ideales del despotismo ilustrado veía en el rey José una esperanza. El profesor Jover sintetiza así la posición de este grupo: "Un cambio de dinastía no era cosa sustancial; la dinastía servía al Estado, y lo importante era mantener la integridad y el buen funcionamiento del Estado mismo. ¿Por qué no habría de ser José I el buen déspota ilustrado que continuase la obra de Carlos III?". Por todas estas razones una minoría importante aceptó a José I como rey de España. Parte de la nobleza, del alto clero, de los funcionarios de categoría, de la burguesía influyente colaboraron con la administración de Bonaparte y formaron el grupo de los *afrancesados*.

Aunque cuando se produjo la marcha de José I sólo 12.000 españoles le siguieron, hemos de suponer que el número de colaboracionistas fue mucho mayor y, desde luego, además de las motivaciones ideológicas, las circunstancias influyeron de forma decisiva en la postura adoptada por los españoles durante este período: "Se calcula, por otra parte, en más de dos millones el número de los españoles que por una razón geográfica (la de haber quedado, momentánea o permanentemente, en zona ocupada por el gobierno de José I) hubo de prestar juramento al rey intruso. Es significativo el hecho de que el mismo pueblo madrileño que iniciara heroicamente el 2 de mayo de 1808 la guerra de la Independencia, creyese oportuno y patriótico firmar, casi unánimemente, en los libros de registro puestos a tal fin por el gobierno afrancesado de José I, por los días en que éste aparecía como mal menor frente a la injerencia personal y directa de Napoleón en los asuntos españoles".

Con todo, los afrancesados, cuyo desinterés y buena fe ha reivindicado el profesor Artola, constituían una minoría frente a la voluntad popular, que a lo largo de la lucha cruenta contra los franceses manifestaba su oposición al régimen impuesto por el gran corso. Acertadamente, Jovellanos los



calificó de *cismáticos de la patria*, encarnada en aquellos momentos por la inmensa mayoría del pueblo español que combatía con todas sus fuerzas al invasor. Ahora bien, el sentido de esta lucha, el carácter que tenía la no aceptación de las abdicaciones de Bayona y la consiguiente entronización de la monarquía francesa dividían en dos campos distintos a los enemigos de Napoleón. Las clases medias, el clero urbano, los magistrados, los grupos intelectuales de la nación van a dar al levantamiento popular una significación muy distinta de la que le darán las clases populares, el clero rural y la pequeña nobleza agraria. "La mencionada clase intelectual, que se mueve con relativa facilidad en el mundo de ideas puesto en circulación en Europa por la Revolución francesa y por la crisis de Estado del Antiguo Régimen, va a apresurarse a teorizar sobre el hecho, inesperado e insólito, del levantamiento. Ellos ven una clara solución de continuidad entre el reinado de Fernando VII y el nuevo poder político brotado del alzamiento y encarnado en las Juntas. Al no aceptar las renuncias de Bayona, fueran o no libremente otorgadas, el pueblo ha reasumido una iniciativa ("soberanía" para unos; "primacía" para otros) que hasta entonces había correspondido al monarca" (Jover).

De la lucha contra los franceses debía surgir un nuevo orden, en el que el gobierno de la nación, resultante de la integración de dos elementos tradicionales, el rey y las Cortes, estuviese mediatizado por la voluntad popular, como reflejo de la soberanía nacional que el pueblo había readquirido e impuesto durante la guerra de la Independencia. Como sucedía en Gran Bretaña, como en similares circunstancias estaba sucediendo en la Prusia de Stein, una Constitución (no escrita, pero aceptada en el caso inglés) debía plasmar la nueva realidad. De la guerra contra Napoleón debía surgir la libertad de la nación española, que no podía enajenarse sujetándola otra vez a las cadenas del Antiguo Régimen, como si nada hubiese ocurrido durante los años de lucha. Parte del ideario de los odiados enemigos, junto con el respeto a ciertas tradiciones hispánicas, constituirían, después de rechazar a los invasores, los fundamentos de la nueva España.

Pero mientras, entre quienes combatían a los franceses, un grupo minoritario daba a la lucha esta trascendencia y elaboraba esta ideología, la masa del pueblo combatiente estaba al margen de estas lucubraciones. Para la inmensa mayoría, las razones de la lucha eran mucho más sencillas. Las renuncias de Bayona carecían de validez porque habían sido impuestas por la violencia y el engaño ejercidos por Napoleón contra Fernando VII y su padre. En consecuencia, el objetivo de la lucha es bien claro: expulsar a los franceses de España, en la que han entrado con la misma falacia con que el emperador obtuvo la abdicación del rey, para devolverla a la soberanía de Fernando VII. El mito del rey prisionero, como encarnación del bien, de la libertad y de la religiosidad perdidas para la España ocupada, era infinitamente más atractivo, más inteligible para el pueblo que las abstracciones constitucionalistas de la minoría intelectual. De esta manera, para la mayor parte del pueblo español, la defensa espontánea de cada pueblo, de cada comarca, se vinculó mucho más a la defensa del trono y del altar, de las costumbres propias frente a las innovaciones importadas, que al trascendental cambio visto y deseado por los padres de la Constitución de 1812.

En síntesis, en España, como en el resto de Europa, la expansión de Francia durante el Imperio napoleónico serviría de crisol para que cristalizaran las dos tendencias antagónicas que se enfrentaron a lo largo del siglo XIX: los principios nacionalistas-liberales y las tentativas tradicionalistas para mantener el Antiguo Régimen, el anterior orden dinástico. Y, en consonancia con estas dos posiciones, la derrota del emperador podrá ser presentada como la derrota final de los principios revolucionarios de 1789 en beneficio de la legalidad monárquica o, por el contrario, como el triunfo de las nacionalidades, de las soberanías nacionales sobre la organización de Europa de acuerdo con los intereses dinásticos de las grandes monarquías.

J. F.

NAPOLEON Y LA UNIDAD ITALIANA

En 1796 y en 1799, los patriotas italianos piensan en la unificación de Italia por la supresión del papado, la expulsión de los extranjeros y la constitución de una República común.

Napoleón aparece como el posible realizador de esta unificación y por ello la propaganda nacionalista es revolucionaria y los franceses cuentan en su lucha contra Austria con el apoyo de los italianos.

En Luneville, Napoleón exige de Austria el restablecimiento de la República Cisalpina, núcleo tradicional de una futura Italia (1801).

La República Cisalpina recibe una nueva Constitución; Napoleón es su presidente; también un nuevo título: "República de Italia". Bajo la tutela napoleónica, parece que la unidad del país va a consumarse.

En el Concordato se garantiza la existencia de los Estados Pontificios; Venecia queda para Austria; Toscana es prometida a los Borbones españoles.

El Piamonte es anexionado a Francia (junio 1802); Génova y Parma lo serán en 1805 y 1808, respectivamente; un nuevo reino se crea en Nápoles.

La coyuntura política internacional –pacificación de 1802– hace que Napoleón esté interesado en el mantenimiento de cierto "statu quo" en Italia que le permita un entendimiento con Austria y el papa.

Napoleón opta por engrandecer el estado francés a costa de ciertas regiones italianas y por satelizar a las restantes. El emperador no desea facilitar independencias –en un momento crítico de su política– y aplaza la unidad italiana.

Aunque nacionalista, Napoleón sigue considerando a Italia como pieza de equilibrio entre distintas potencias y como zona de reparto de influencias, lo mismo que los déspotas ilustrados. Esto le alejará de los patriotas italianos, que ya en 1802 –Piamonte– manifiestan su disconformidad con tal política.

favor y mil quinientos en contra. Se mantenía a los franceses en la convicción de que, con el Consulado, terminaba la Revolución y continuaba la República. Los cónsules, en su alocución al pueblo, decían que sus propósitos eran: "Hacer estimar la República por los ciudadanos, hacerla respetar por los extranjeros y hacerla formidable a sus enemigos... Franceses, os hemos expuesto nuestros deberes; vosotros nos diréis, al terminar, si los hemos cumplido".

Diadema de brillantes ofrecida por Napoleón a la emperatriz Josefina con motivo de la coronación (colección Van Cleei y Arpels, París).



El cargo de los cónsules debía durar diez años, pero los dos que sucedieron a Sieyès y Roger Ducos no tardaron en quedar ensombrecidos por el Primer Cónsul. Bonaparte quedó cónsul único y, por fin, su consulado fue declarado vitalicio. Estas etapas de retroceso hacia el poder personal y absoluto que significó después el Imperio fueron mantenidas con victorias sensacionales más allá de las fronteras.

Al instalarse, los tres cónsules habían dirigido sendos despachos a los monarcas con quienes había peleado el Directorio; en términos de gran moderación pedían el reconocimiento del nuevo régimen consular y los beneficios de la paz. No se mencionaba el atropello inicuo de Rastatt ni se manifestaba más ambición que la de conservar las fronteras naturales de Francia. Con todo, ni Rusia, ni Austria, ni Inglaterra se dignaron parlamentar. Pitt decía que el nuevo gobierno no ofrecía garantías y lo mejor era dar a entender al pueblo francés que para obtener la paz era necesario restaurar la monarquía. Bonaparte empezó hostigando a Austria con la campaña que terminó en Marengo. Era un plan combinado en tres jugadas: Massena debía inmovilizar un ejército austríaco delante de Génova, Moreau otro en el Rin, y Bonaparte caería entre los dos atravesando los Alpes por el histórico paso de San Bernardo. Instalado en Milán, quedaba como una cuña entre Austria y los ejércitos austríacos de Italia, que habían ido a sitiar a Massena en Génova. El 14 de junio, ocho meses

después del golpe de estado, Bonaparte aniquilaba al ejército austriaco. Fue una completa victoria; toda la artillería del enemigo cayó en poder del primer cónsul. Bonaparte, en Santa Elena, recordaba a Marengo como su día más glorioso.

Otra victoria de Moreau en el Rin (Hohenlinden) obligó a firmar el tratado de Luneville, segunda edición del de Campo Formio. Napoleón quiso entonces atraerse al zar devolviéndole ocho mil prisioneros. Por el tratado de Luneville, Austria reconocía la existencia de las Repúblicas Cisalpina (Italia septentrional), Helvética (suiza) y Bátava (Holanda). Para compensar al Imperio de sus pérdidas, Napoleón sacrificó la secular República de Venecia, que pasó a ser una provincia austriaca. El Consulado no creaba repúblicas sólo por ideas y principios como en tiempos de la Convención: se retrocedía a la política sin entrañas de traspasarse pueblos débiles para negociar la paz y crear estados fronterizos que amortiguaran el choque en conflictos bélicos. La "política real de Europa", es decir, una política únicamente realista, empezó con Napoleón.

Al tratado de Luneville con Austria siguió el de Amiens con Inglaterra. Esta hizo creer que se desinteresaba de lo que ocurría en el continente y se contentaba con liquidar los asuntos de Malta y Egipto. Pero no fue sino un compás de espera para prepararse y ata-



Pío VII, miniatura (Museo Lázaro Galdiano, Madrid). El humilde benedictino, más místico que político, hubo de soportar los juegos de Napoleón, en cuyas manos no fue más que una pieza. Cuando al emperador le convino, fue ensalzado, y cuando fue menester, se le prendió y encarceló en Savona y en Fontainebleau.



Entrevista de Napoleón con el papa en Fontainebleau en agosto de 1804, por J. L. Marne (Museo Fontainebleau, París). Apenas elegido papa, Pío VII entró en Roma, antes ocupada por los franceses. Poco después fue reconocido jefe de la Iglesia francesa. Por esto, la petición de Napoleón para que acudiera a París a asistir a su coronación no podía ser denegada.

El almirante Horacio Nelson representado en una miniatura (Museo Lázaro Galdiano, Madrid). Inglaterra tuvo en Nelson un martillo de Napoleón. El desastre francés de Abukir se repitió en Trafalgar. Nelson, victorioso, halló la muerte en el combate. A su vez, Villeneuve, derrotado, se suicidó.



car con mayor probabilidad de éxito a la primera oportunidad. ¡La pérfida Albión!

De todos modos, las victorias militares y diplomáticas parecieron convertir a Bonaparte en árbitro supremo de Francia. ¿Qué haría entonces con su poder? Los monárquicos por cierto tiempo confiaron en que seguiría el ejemplo de Monk, quien, a la muerte de Cromwell, restauró a los Estuardos en el trono de Inglaterra; mas pronto les dio a entender que trabajaba para sí mismo. Pero las proposiciones de los monárquicos se discutían entre bastidores y convenía convencer al pueblo con un golpe sensacional de que entre Bonaparte y los Borbones había un abismo infranqueable. Este fue el crimen. Napoleón hizo secuestrar en la pequeña Ettenheim, del ducado de Baden, territorio neutral, a un Borbón emigrado, el duque de Enghien, de la rama de los Condés. Enghien era casi un muchacho, que había conspirado siempre a plena luz para atacar lo que él, como los demás emigrados, consideraba un gobierno ilegítimo y usurpador. El duque de Enghien residía en Baden porque se había casado en secreto con una prima suya de más edad, Carlota de Rohán. Secuestrado por una patrulla de gendarmes franceses que había violado la neutralidad de Baden, fue conducido a Vincennes y fusilado al día siguiente, después de una parodia de juicio. Como en Brumario, Bonaparte no se había tomado la molestia de falsificar documentos y tramar un complot que justificara el atropello. Aquella víctima inocente servía para su objeto de demostrar al pueblo que entre Bonaparte y los Borbones no había colaboración posible.

Por algunos meses las cancillerías de Europa parecieron agitarse. Pero si la Francia napoleónica merece reproches, las otras

DEL BLOQUEO DE INGLATERRA AL BLOQUEO CONTINENTAL

FRANCIA: el bloqueo marítimo a Inglaterra.

EL BLOQUEO

Por un decreto promulgado en Milán, Napoleón declara a Inglaterra en estado de bloqueo. Se prohíbe todo comercio con ella; sus barcos no serían admitidos en puertos; sus mercancías, destruidas; los barcos procedentes de Inglaterra o sus colonias apresados. El decreto se aplicaría en Italia, Suiza, España, Holanda, Dinamarca, Alemania. Rusia, en Tilsit, se comprometió a cumplirlo.

OBJETIVOS

El bloqueo debe hundir la economía inglesa, al cortarse sus bases de aprovisionamiento y la salida de sus productos al mercado europeo; crisis de superproducción, paro, restricción del crédito, devaluación monetaria. En esta situación, Inglaterra se verá obligada a firmar la paz.

REACCION INGLESA

En los primeros momentos (1807-1808), el bloqueo a Inglaterra alcanza gran efectividad. El país se salva pasando a la ofensiva –bloqueo al continente– y canalizando su comercio a través de Göteborg (Suecia), para el Báltico, y de Malta, para el Mediterráneo. Pero en 1809, a través de Rusia y Holanda, el bloqueo estaba prácticamente roto.

INGLATERRA: el bloqueo continental.

EL BLOQUEO

Por una serie de medidas –Onders in Council–, Inglaterra responde al decreto de Berlín. Todos los países que lo apliquen son declarados "bloqueados por Inglaterra". Sólo serán autorizados a dirigirse a sus puertos los buques neutrales que hayan pasado primero por Gran Bretaña y abonado allí los mismos derechos que si hubieran descargado sus mercancías.

OBJETIVOS

Inglaterra se propone privar a Europa de mercancías que le son imprescindibles: productos coloniales, materias primas, maquinaria, etc. Impedir que las potencias neutrales puedan sustituirla en el abastecimiento al continente y por todo ello intensificar la escasez de manufacturas de modo que se provoque un vasto comercio de contrabando, con el cual piensa librarse del bloqueo napoleónico.

REACCION EUROPEA

Los europeos –a su cabeza los franceses– tratarán de remplazar los productos coloniales por sustitutivos –azúcar de remolacha en vez de caña– y las producciones inglesas por el desarrollo de una industria continental (industria metalúrgica en Francia, Bélgica y el Rin). Pero no se tiene éxito y las zonas industriales de Italia y Alemania serán gravemente perjudicadas.



Víspera de la batalla de Austerlitz, por L.F. Lejeune (Museo de Versalles, París). El 2 de diciembre de 1805 se dio, entre el pueblo de Austerlitz y la altiplanicie de Pratzen, una de las batallas más rotundas de Napoleón. Doce horas le bastaron al emperador para derrotar al ejército austro-ruso, superior en número de soldados, al frente de los cuales iban el emperador de Austria y el zar de Rusia.

potencias de Europa eran peores por su ineficacia y falta de generosidad. Viendo que el escándalo se había apaciguado pronto, Napoleón creyó que podía desafiar la opinión haciéndose confiar la República con el título de "Emperador de los Franceses". La etapa siguiente sería proclamarse emperador del Imperio francés; pero a esta sucesión de fases se adelantaron los acontecimientos. Napoleón decía que sólo eran posibles dos imperios: el de Oriente y el de Occidente. Ya vislumbró el primero en Egipto y ahora veía más cercano el segundo, con París por capital. Contaba instalar reyezuelos feudatarios en todos los estados de Europa, sin pensar en distribuir los territorios del Atlántico al Volga en provincias proconsulares como las del Imperio romano. Su Imperio hubiera sido más bien una repetición del de Carlomagno que del de Augusto, y esperaba que sus hechos le ganarían bastantes admiradores entre los príncipes de las casas reinantes para no tener que deponerlos a todos y sustituirlos por sus mariscales.

Así como Marengo fue necesario para el reconocimiento del Consulado, se necesitó Austerlitz para que Austria reconociera el Imperio. Austerlitz fue una victoria en toda regla: Napoleón se arriesgó allí como nunca, hasta que la retirada resultó imposible. Austerlitz está en Moravia, no lejos de Viena. Al día siguiente de la batalla, el emperador de Austria en persona acudía a proponer un armisticio y negociar la paz.

Sometida Austria, quedaban aún incólumes sus aliadas Prusia y Rusia: la batalla de Jena inutilizó a la primera; Rusia fue vencida en Friedland. Esta última victoria ocasionó la entrevista de Tilsit entre Napoleón y el zar. La iniciativa partió de Napoleón. Los dos emperadores se encontraron en medio del Niemen, río que separaba los dos ejércitos después de la batalla de Friedland. El zar Alejandro era un joven romántico, hastiado de las derrotas y la defección de Austria y Prusia, y le era simpático a Napoleón. Al verse se juraron amistad eterna. Desgraciadamente, el uno era corso y el otro eslavo, y por naturaleza inconstantes, aunque fogosos. En Tilsit fraternizaron también los oficiales de ambos ejércitos y aun los soldados.

Napoleón y el zar Alejandro concertaron en Tilsit una alianza para bloquear a

ETAPAS DEL IMPERIALISMO NAPOLEONICO (1799-1807)

1799 Desde finales de abril de este año, la política europea se centra en torno a una nueva coalición contra Francia –la segunda–, en la que militan activamente Austria e Inglaterra, a la que se suman Rusia y Turquía y con respecto a la cual mantienen una estricta neutralidad España y Prusia.
Golpe de estado: Napoleón, primer cónsul (9 de noviembre).
A finales de este año, tras el fracaso de los ofrecimientos de paz hechos por Napoleón, Francia prepara la guerra.

1800 Ofensiva francesa en Italia contra los austríacos: victoria de Marengo (14 de junio).
La diplomacia francesa logra que cristalice una Liga de neutrales: Rusia, Suecia, Dinamarca, Prusia.
Pitt al frente del gobierno inglés; política de guerra con Francia.
Tratado de San Ildefonso (octubre): alianza franco-española.
Ofensiva francesa en el sur de Alemania: victoria de Hohenlinden (3 de diciembre).

1801 Fin de las hostilidades con Austria; tratado de Luneville (9 de febrero): Bélgica y la orilla izquierda del Rin, para Francia.
Acuerdo con Rusia (8 de octubre).
Inglaterra hostiliza a los neutrales y patrocina el asesinato del zar Pablo I y la orientación antifrancesa de su sucesor, Alejandro I.

1802 Paz de Amiens (25 de marzo): Inglaterra garantiza el tratado de Luneville; Egipto pasará a Turquía y los territorios conquistados en las colonias serán devueltos a Francia.
Napoleón impulsa la expansión económica de Francia: protege la industria, imponiendo fuertes cargas a la importación de productos manufacturados; traza una órbita comercial, independiente de la inglesa, ligándose con diferentes tratados a diversos países –Holanda, Suiza, Italia, España–. Patrocina una intervención más activa en las colonias. El desarrollo de estos puntos supone un directo atentado contra la preponderancia económica de Inglaterra.
Intervención directa en la reestructuración política de Italia.

1803 En febrero se obtiene de la Dieta alemana una decisión suprema que, por la supresión de los principados eclesiásticos y las ciudades libres, altera totalmente la distribución territorial del Reich.
Ante el creciente poderío de Napoleón y el perjuicio que puede causarle su política económica, Inglaterra declara la guerra a Francia (16 de mayo).
Diversos proyectos de desembarco en Inglaterra, que continúan en 1804.

1804 En mayo comienzan las negociaciones anglo-rusas en vistas a una alianza.
En diciembre, España se compromete a colaborar con Francia; la armada española se unirá a la francesa.

1805 Austria se unirá a Inglaterra en el nuevo conflicto. Con la adhesión de Nápoles y Suecia queda formada la Tercera Coalición (agosto). Prusia mantiene su neutralidad.
Ofensiva francesa en Italia, que sólo tendrá éxito a partir de 1806.
Batalla naval de Trafalgar (21 de octubre).
El ejército francés, dirigido por el propio Napoleón, obtiene sobre los austríacos la gran victoria de Austerlitz (2 de diciembre). Tratado de Presburgo (26 de diciembre): Austria ha de abandonar sus dominios en Italia, que pasan a depender de Francia. En el sur de Alemania merman también sus territorios a favor de Baden, Baviera y Württemberg.
La neutralidad prusiana es asegurada por Francia con la cesión de Hannover.

1806 Nueva organización de Alemania: la Confederación del Rin (12 de julio) asegura la lealtad del centro de Europa a Napoleón.
Ante el desarrollo de los acontecimientos europeos, Inglaterra y Rusia se aproximan a Francia. Fracaso de las negociaciones ante las exigencias mediterráneas de Napoleón.
Ante el temor de sentirse aislada en caso de un posible acuerdo anglo-francés, Prusia, con su ejército reorganizado, declara la guerra a Napoleón.
Entre Inglaterra –frente marítimo– y Prusia y Rusia –frente continental–, Napoleón elige una ofensiva continental.
Se inicia la guerra franco-prusiana (1 de octubre); gran victoria francesa de Jena (14 de octubre); entrada de Napoleón en Berlín (27 de octubre).

1807 A principios de año, Inglaterra y Prusia firman un acuerdo que prevé la colaboración militar entre ambas potencias.
Se inicia la colaboración ruso-prusiana, que en junio se transformará en alianza ofensivo-defensiva.
Los prusianos no capitulan ante la ofensiva francesa, que sigue avanzando, ahora ya sobre Prusia Oriental y Polonia. Batalla indecisa de Eylau (8 de febrero). El ataque ruso es cortado en Friedland (14 de junio).
No hay un apoyo resuelto de Inglaterra a los coligados. Se esperaba un desembarco inglés en Holanda e Italia.
Tratado de Tilsit (9 de julio). Prusia pierde todas sus tierras a la izquierda del Elba y los territorios polacos, con los cuales Napoleón forma el ducado de Varsovia y el reino de Westfalia.
Tratado de paz con Rusia. Ésta restituye a Francia algunas islas jónicas y tiene que devolver ciertos territorios a los turcos.
Al margen del tratado de 1807, Rusia y Francia esbozan cierta distribución de Europa y un reparto de influencias: al oeste del Vístula, Francia; al este, Rusia. Inglaterra deberá firmar la paz con Napoleón, y Turquía con Rusia; si se resisten, ambos aliados se comprometen a obligarlos.

Inglaterra, que era la única que se resistía a hacer la paz. El plan de Napoleón consistía en abandonar el proyecto de atacar a Inglaterra con ejércitos o armadas. En el campo de batalla de Austerlitz había recibido la noticia del desastre de Trafalgar... Pero podía estrangular a Inglaterra imposibilitando su comercio y obligarla a capitular cerrándole los puertos de Europa. Francia dominaba la costa de Holanda y del Canal y podía imponer su voluntad a los estados de Italia, exceptuando a Nápoles; Bonaparte, sin embargo, se comprometió a obligarle a no aceptar mercancías de bandera inglesa, y el zar tenía que hacer lo propio con los países escandinavos.

Quedaba sólo la península ibérica, mejor dicho, Portugal, porque España había aceptado la alianza casi impuesta por Napoleón. Esta fue la parte más difícil del programa. Para interrumpir el comercio inglés por aquella vía, Napoleón envió un ejército, que

José Bonaparte, por Gérard (Museo de Versalles, París). El 10 de mayo de 1808, el hermano del emperador cesó en su cargo de rey de Nápoles y, como un funcionario, fue nombrado rey de España. Mientras tanto, el príncipe heredero se distraía en la prisión de Valençay y el pueblo español se sublevaba indomable.

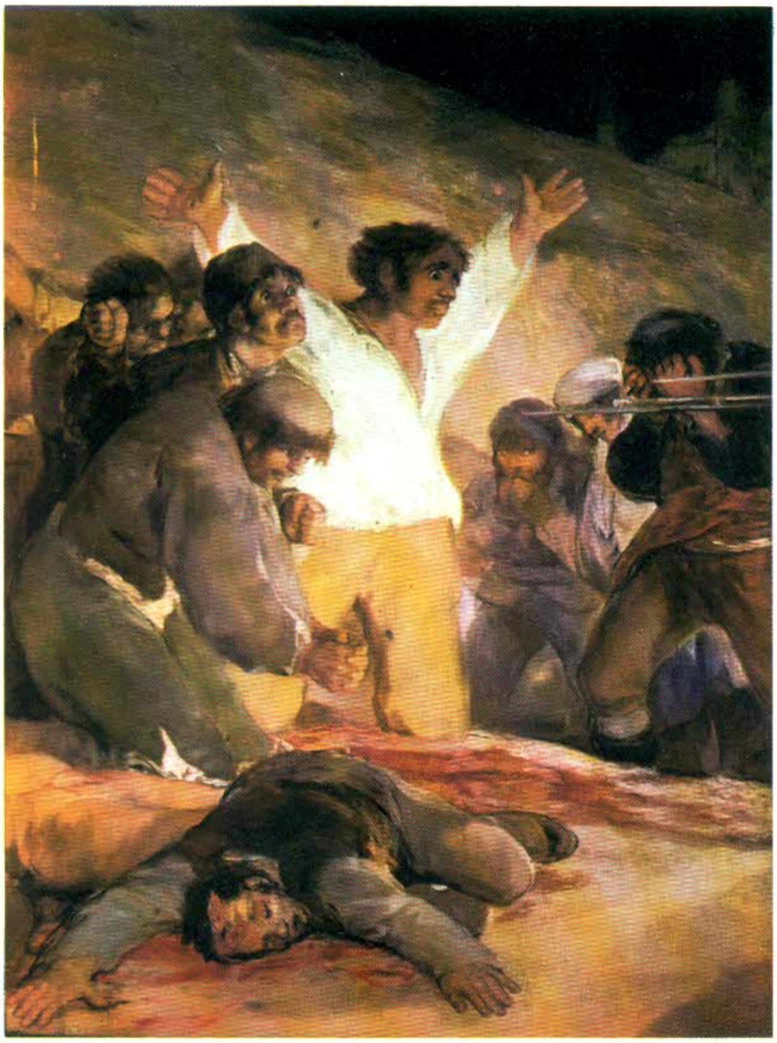


Tambores de la guardia imperial de Napoleón (grabado de la Biblioteca Nacional, París).



con otro español debía invadir a Portugal. Entre tanto, los ingleses desembarcaban otro ejército en Lisboa mandado por sir Arthur Wellesley, que había aprendido en la India, combatiendo a Tipo Sahib, el mortífero método de acabar con ejércitos casi sin pelea, que fue empleado por los indígenas contra el suyo.

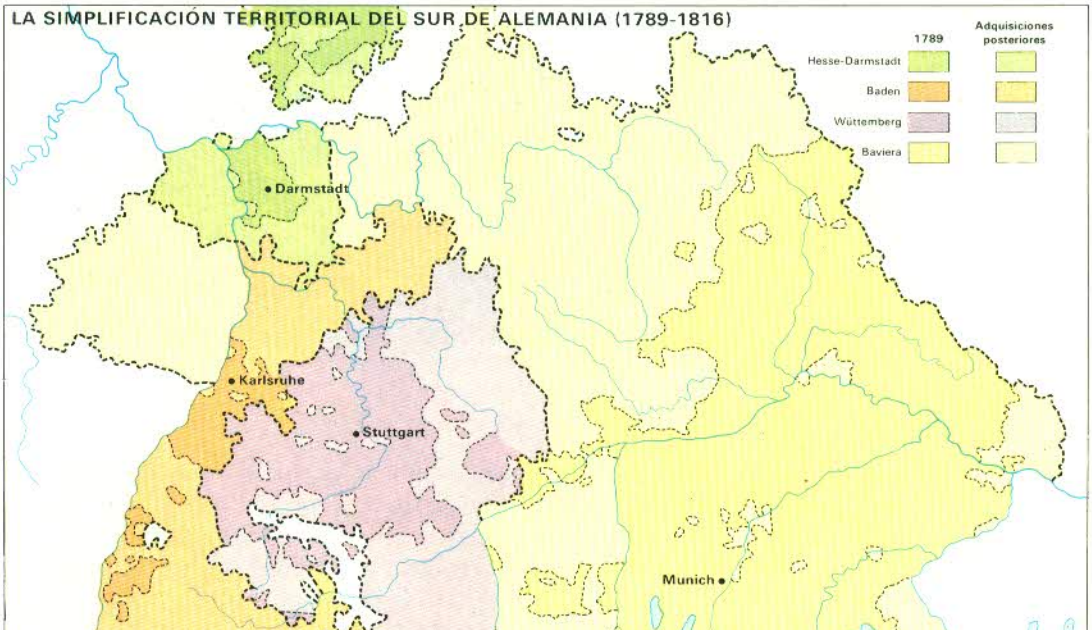
Las campañas de la península ibérica fueron, en todos conceptos, desastrosas para Napoleón. Perdió no sólo ejércitos, sino también prestigio. Una de las causas del fracaso provino de la condición deplorable en que se encontraba España en aquel momento. La familia real (con el trío Carlos IV, María Luisa y Godoy de un lado, y el rebelde príncipe de Asturias, después Fernando VII, de otro) era el colmo de la ineptitud y de la mala fe. España sintió cierto desahogo, como una liberación, al acusar a Napoleón y a la invasión francesa de acrecentar su propia miseria. El enemigo exte-



Detalle de "Fusilamientos en la montaña del Príncipe Pío", por Goya (Museo del Prado, Madrid). El genial pintor español plasmó en este cuadro el horror de la represión de los ejércitos invasores.

rior, Napoleón, fue un espantajo que permitió rehabilitar el trono tambaleante de los Borbones. La familia real se había refugiado en Bayona, por su propia voluntad, para tomar como árbitro de las querellas entre padre, hijo y amante a Bonaparte, quien creyó que tales ejemplares de testas coronadas no merecían ni la consideración de ser destronados legalmente y que podía instalar como rey de España a su hermano José. Los españoles se sintieron ofendidos de que un emperador extranjero dispusiera de sus señores naturales, por indignos que fueran. Se desconocía la razón de la campaña contra Portugal. La península, como siempre aislada, no se había enterado del abrazo de Tilsit, ni comprendía que en Portugal Napoleón trataba de desquitarse de Trafalgar...

Se ha acusado a Napoleón de ligereza y falta de estudio al decidir las operaciones en España. Pero en aquel momento (1808) estaba en el apogeo de su poder y la ocupación de un país tan pésimamente gobernado debía de parecerle sencilla. El mismo año



La época napoleónica se significó en los países de la Confederación del Rin por la simplificación territorial en provecho de unos pocos estados y a expensas de los obispados y ciudades imperiales libres. En el Sur, los grandes beneficiarios fueron Baviera, Württemberg –ambos con título de reino–, Hesse-Darmstadt y Baden; retrocedieron, en cambio, Austria y Prusia.

LAS OPERACIONES MILITARES DURANTE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA ESPAÑOLA

En marzo de 1808, el motín de Aranjuez depuso a Godoy y obligó a Carlos IV a abdicar en su hijo Fernando VII. Los sucesos de España, aliada de Napoleón por el tratado de Fontainebleau, provocaron la intervención directa del emperador. Las tropas francesas instaladas en la península, que en teoría estaban destinadas a atacar Portugal, constituían la fuerza militar más importante de España. No fue difícil para Napoleón conducir a los reyes españoles a Bayona y allí obtener la abdicación de la corona de España de Carlos IV y Fernando VII, quienes renunciaron a sus prerrogativas reales en favor del emperador. Napoleón nombró rey de España a su hermano José. Pero simultáneamente el pueblo de Madrid se había sublevado contra las tropas francesas cuando el 2 de mayo los últimos miembros de la familia real se disponían a ser conducidos a Francia. A fines de mayo y principios de junio la rebelión contra los franceses se extendió por todo el resto del país. La guerra de la Independencia española era un hecho.

La reacción francesa no se hizo esperar. Las tropas napoleónicas sitiaron Zaragoza y Gerona, mientras un ejército mandado por el general Dupont se dirigía a Cádiz para apoyar a la escuadra francesa anclada en aquel puerto. El ejército de Dupont fue derrotado en Bailén el 22 de julio por las tropas españolas mandadas por Castaños. La batalla de Bailén, primera derrota campal de un ejército napoleónico, obligó a los franceses a abandonar Madrid y a levantar los sitios de Zaragoza y de Gerona. Napoleón decidió intervenir personalmente en España. La *Grande Armée* cruzó los Pirineos y con relativa facilidad restableció la situación. El 4 de diciembre, Madrid capituló ante Napoleón, quien pronto abandonó la península ibérica para atender a los problemas que planteaba el rearme del ejército austríaco. Quedaban en España los mariscales Soult y Ney, encargados de concluir las operaciones militares.

El gobierno inglés, deseoso de aprovechar las ventajas que suponía la existencia de un frente militar en la península, envió a Lisboa un cuerpo expedicionario mandado por Wellesley. Éste, tras rechazar a Soult en Oporto, inició un ataque sobre Madrid. En la primavera y el verano de 1809 no se produjo ninguna ventaja decisiva para ninguno de los dos bandos. Pero los éxitos de Napoleón frente a Austria permitieron al emperador centrar sus esfuerzos en España y las tropas inglesas debieron replegarse hacia Portugal, mientras el ejército español del Sur lo hacía en dirección a Andalucía. Contra estos dos objetivos se dirigieron los planes de la estrategia francesa en 1810. Un ejército mandado por los mariscales Soult y Victor y por el propio José Bonaparte debía acabar con la resistencia española en Andalucía. Massena era el mariscal designado para derrotar al cuerpo expedicionario inglés de Portugal. La campaña de Andalucía consiguió sus propósitos hasta llegar a Cádiz, donde se habían refugiado las Cortes y los restos del ejército español. En Portugal, los ingleses organizaron un sistema defensivo en Torres Vedras, perfectamente articulado con las características del terreno, y ante la imposibilidad de forzar esta táctica, Massena optó por abandonar el ataque en marzo de 1811.

Al año siguiente, la campaña de Rusia obligó a Napoleón a retirar tropas de España. Wellesley, que por sus méritos militares había recibido el título de vizconde de Wellington, supo aprovechar esta ocasión y, como generalísimo de las tropas angloespañolas, desencadenó una ofensiva total contra los franceses. El 22 de julio se libró la batalla de los Arapiles, que constituyó una victoria aliada. Valladolid y Madrid eran ocupadas por los angloespañoles y el ejército francés de Andalucía tenía que replegarse hacia Valencia ante el peligro de quedar aislado de Francia. A pesar de una contraofensiva francesa que estuvo a punto de restablecer la situación, durante la primavera de 1813 la iniciativa pasa totalmente a manos de los aliados. En las batallas de Vitoria, San Sebastián y San Marcial, el ejército francés en retirada sufrió sendas derrotas. Durante el año siguiente, la guerra siguió al otro lado de los Pirineos y sólo debía acabar cuando el 18 y el 19 de abril de 1814 los mariscales franceses conocieran la abdicación del emperador y firmasen la paz.

J. F.

del Dos de Mayo, Bailén y Cintra, Napoleón reunía en Erfurt a todos los monarcas aliados o tributarios suyos. El de más talla era Alejandro de Rusia, quien en una fiesta quiso aplicar a Napoleón el verso del *Edipo:* "La amistad de un gran hombre es un don de los dioses". Como astros menores brillaban en Erfurt los reyes de Baviera, Württemberg, Sajonia y Westfalia, el príncipe Guillermo de Prusia y los príncipes y magnates de la Confederación del Rin. Allí Goethe y Wieland fueron condecorados por Napoleón como miembros de la Legión de Honor, la nueva orden del mérito creada para sustituir a las caducadas de la Francia monárquica.

Sólo faltaba en Erfurt el emperador de Austria, que se había hecho representar por el barón de Vincent... ¿Preparaba ya el desquite?

La entrevista de Erfurt se efectuó en septiembre del año 1808, y en febrero de 1809 Napoleón estaba en guerra de nuevo con Austria y por cuarta vez tenía que imponerle la paz con una campaña más que rápida,



Busto en bronce de Joaquín Murat, por J. J. Gastex (Museo de San Martino, Nápoles). Desde la primera campaña en Italia hasta la caída del Imperio acompañó a Napoleón en todas sus empresas. Tras la campaña española de 1808, el emperador le nombró rey de Nápoles. Murió fusilado en 1815 cuando, tras la batalla de Waterloo, intentó reconquistar el reino de Nápoles y cayó prisionero.



La emperatriz María Luisa, por F. Gérard (colección particular, París). Debido a la infecundidad de Josefina, puesto que el emperador ya había tenido hijos de su amante Walewska, decidió asegurar su descendencia regia casándose con María Luisa, hija del emperador austríaco. La boda se celebró el 2 de abril de 1810 en uno de los salones del Louvre.

fulminante: Campo Formio, Marengo, Austerlitz, Wagram. En Wagram se combatió a las puertas de Viena; fue todavía una gran victoria, pero el ejército ya no pudo perseguir y acorralar a los vencidos como en las campañas anteriores.

Sin embargo, la victoria de Wagram tuvo un singular resultado: un matrimonio. Napoleón estaba casado con una viuda de sangre criolla que le había presentado Barras cuando era sólo el general Bonaparte. Era algo mayor que él, pero todavía sensual y de gran hermosura. Desgraciadamente, Josefina, que había tenido un hijo y una hija del primer marido, no había proporcionado descendencia a Napoleón. Este había tenido ya bastardos de la polaca María Walewska. Era, pues, casi legítimo que quisiera divorciarse por razón de estado, y el empera-



El rey de Roma, Francisco José Napoleón II, por Isabey (Museo Nacional de la Malmaison, París). En 1814, cuando su padre se marchó a la isla de Elba, le nombró heredero del Imperio, pero por deseo de su abuelo materno fue trasladado a la corte de Viena, en donde vivió oscuramente, olvidado por su madre, demasiado atenta a sus propios devaneos, y murió joven.



Noche en Molodetschno, episodio de la retirada de la Grande Armée en la campaña de Rusia, por Johannes Hari. La avanzada triunfal de Napoleón por Kovno, Vilna, Vitebsk, Smolensk y Borodino culminó con la llegada a Moscú. Pero la retirada, con los desastres del paso de los ríos Beresina y Niemen, fue una sangría incontenible para las tropas del emperador y el comienzo de su hundimiento.

dor de Austria, sobrino de María Antonieta, consintió que otra archiduquesa, una de sus hijas, se casara con Napoleón. Se la escogió casi principalmente porque las archiduquesas austríacas tenían fama de fecundas. Y, en efecto, a los pocos meses dio a luz el deseado heredero. El Imperio parecía consolidado y asegurada su continuidad con un futuro Napoleón II.

Quedaba la nube de España. Wellington había fortificado una de las mesetas de la península, que son fortalezas naturales casi inexpugnables. Es la que se ha llamado línea de Torres Vedras porque ésta forma su límite oriental; por el Sur la defiende el Tajo hasta Lisboa. Además, el mal humor creado por las veleidades de Napoleón con los partidarios de la independencia de Polonia hacía sospechar la defección del zar. El abrazo de Tilsit se iba desenlazando, y parecía haberse aguado el vino de los brindis de Erfurt.

Efectivamente, al comenzar el 1812, Napoleón estaba en guerra con Rusia. Con un ejército en el que había acumulado los soldados que le dejaba libres la pesadilla española, iba a lanzarse, enajenado, hacia el corazón de las estepas sin fin. Los rusos retro-



Batalla de Leipzig, grabado de Otto Gruger (Museo de Francfort). Desde el 16 al 19 de octubre de 1813 se dio junto al Elster esta batalla, que fue un paso más en la caída de Napoleón y el fin de su dominación en Alemania. En ella, el ejército aliado (alemanes, rusos, austríacos) venció al emperador.

cedían vencidos, pero el zar no acudía como en Tilsit a abrazar a su hermano, el caballeroso corso. Napoleón entró en la desierta ciudad de Moscú, que pronto empezó a arder. Cuentan que ante la catástrofe, Napoleón dijo: "He hecho demasiado de emperador; es tiempo que vuelva a hacer de general". Pero si bien es cierto que se puede ascender de general a emperador, retroceder de emperador a general es absolutamente imposible.

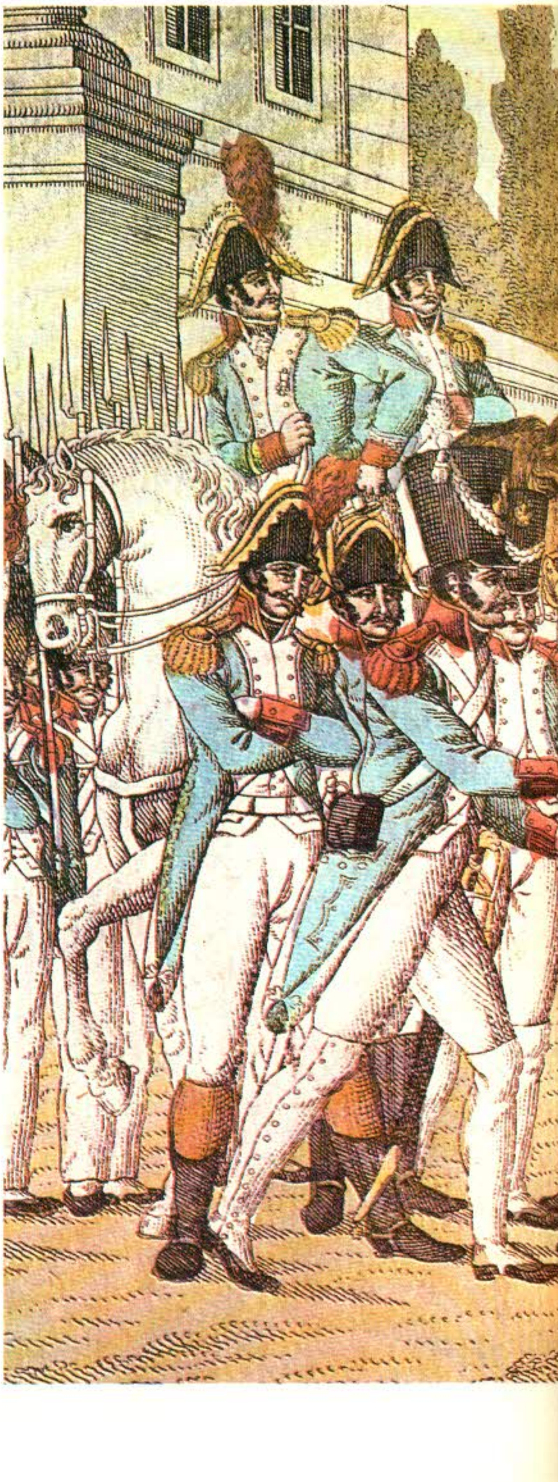
A su regreso a Francia, Napoleón encontró a toda Europa coligada de nuevo contra él. Por un momento pensó en abdicar en su hijo... Todavía se levantó para combatir contra todos. "Toda Europa estaba con nosotros hace un año –decía el emperador al Senado–; toda Europa está hoy contra nosotros." Al fin, viendo a Francia invadida por primera vez desde 1795, Napoleón abdicó y consintió en ser rey de la isla de Elba, poco más que una roca de mineral de hierro situada frente a las costas de Toscana.

Allí vivió diez meses en soledad. Unicamente su antigua amiga polaca, la tierna Walewska, fue a consolarle. Josefina, la esposa criolla, había muerto aquel mismo año. La archiduquesa austríaca, madre de su heredero, le abandonó y se fue a vivir escandalosamente en Venecia con un tal conde Neipperg.

El 26 de febrero de 1815, Napoleón, escapado de la isla de Elba en el bergantín *Inconstant,* salta a tierra casi en el mismo sitio donde había desembarcado al retornar de Egipto. Francia parece electrizada, el emperador está de regreso; se oyen otra vez los gritos de "¡Abajo los nobles!, ¡Abajo el clero!", mezclados con *La Marsellesa.* En Lyon, camino de París, Bonaparte escribe a su esposa, la austríaca: "Madame y querida *amiga:* He subido otra vez a mi trono...".

Cien días después, Waterloo.

Pero la obra de Napoleón Bonaparte se iba a prolongar una vez desaparecido él de la escena política. En primer lugar, la división territorial de Francia en departamentos, al tiempo que terminaba con unas pro-



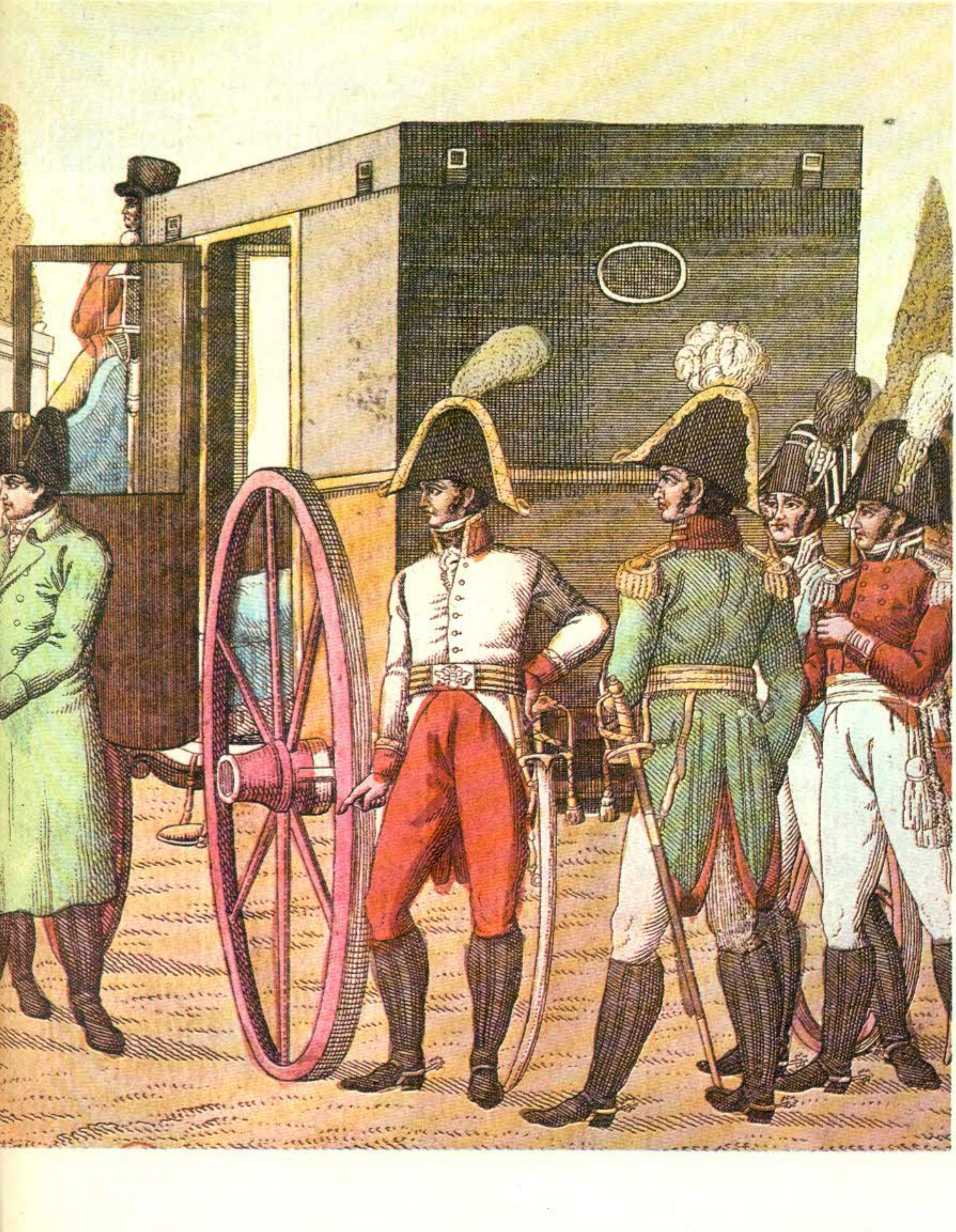
vincias ficticias, herencia de los tiempos feudales, daría a la nación gran estabilidad, por huir de arbitrariedades y adaptarlas a regiones naturales.

En segundo lugar, el Código napoleónico, obra de su gran capacidad de legislador y administrador, serviría de pauta a todos los códigos civiles redactados en la Europa del siglo XIX.

Por último, los movimientos de fronteras que provocaría con sus acciones militares tendrían honda trascendencia: se puede decir que Suiza, Holanda y hasta cierto punto Italia son obra de Napoleón.



Sombrero de fieltro y seda que usó el emperador en la campaña francesa de 1814 (Museo del Ejército, París).



Salida de Napoleón hacia la isla de Elba (grabado de la Biblioteca Nacional, París). Cuando las tropas aliadas entraron en París, el 31 de marzo de 1814, el Imperio de Napoleón llegó a su fin. El 4 de abril fue obligado a abdicar en Fontainebleau y el 28 de abril dirigióse hacia su destierro en la isla de Elba.

BIBLIOGRAFIA

Artola, M.	*Los afrancesados,* Madrid, 1953.
Bainville, J.	*Napoleón,* Madrid, 1942.
Fugier, A.	*La Revolución francesa y el Imperio napoleónico,* Madrid, 1960.
Jover, J. M.ª	*La guerra de la Independencia española en el marco de las guerras europeas de liberación,* Zaragoza, 1958.
Lacour-Gayet	*Napoléon. Sa vie, son oeuvre, son temps,* París, 1921.
Lefebvre, G.	*Napoléon,* París, 1953.
Ludwig, E.	*Napoleón,* Barcelona, 1956.
Pabón, J.	*Las ideas y el sistema napoleónicos,* Madrid, 1944.



Gran copa, en forma de nave, perteneciente al servicio del emperador (Museo Nacional de la Malmaison, París).